

UNA VICTORIA DE LA CONFIANZA

Hace muchos, muchos años, un matrimonio de amigos de confianza, ya mayores, clientes de mi despacho, que en ese momento necesitaban liquidez para ayudar a un hijo en la compra de un local, decidieron vender una vivienda de su propiedad, una de las que mi despacho les administraba en alquiler desde hacía tiempo, y que en ese momento estaba desocupada, un piso antiguo en un pequeño edificio, una de las Colectivas de Ciudad Jardín; así que en razón de la confianza que manteníamos, me pidieron que me ocupase de la gestión de la documentación correspondiente, es decir las obligaciones a la que ellos estuviesen sujetos tras la venta.

Pusieron un anuncio en prensa, entonces no existían Idealista ni Fotocasa, casi ni siquiera Internet, y después de unos meses en los que estuvieron enseñando la vivienda sin éxito a distintos interesados, cerraron finalmente la venta con una chica joven, que no era de Málaga, llevaba viviendo aquí solo unos meses, y a la que habían conocido en una única visita a la casa. Como esta comentó que tenía que solucionar con cierta premura unos asuntos familiares, ambas partes decidieron realizar primero un contrato privado de compraventa, y dejar la firma de las escrituras para unas dos semanas después. Pero al contrario de lo habitual, que hubiese sido realizar un afianzamiento de la compra con el pago de un importe a cuenta, la compradora a la que llamaremos Victoria - porque ese era su nombre - decidió que prefería abonar la totalidad del importe de la compraventa, en el acto de la firma del contrato privado, y dejar así completamente zanjado ese aspecto de la compra.

Así lo hicieron entonces, en mi despacho y en mi presencia, una tarde puestos de acuerdo, ambas partes firmaron allí el documento privado. Victoria pagó el precio total de la compra a mis clientes, y estos le entregaron además a ella copia de los altas y últimos recibos de los servicios, aunque estos estaban de baja en ese momento, también de la Contribución (como entonces todavía se le llamaba al IBI), y todas las llaves de la vivienda para que desde ese momento ella pudiera tomar posesión física de esta como habían acordado.

Mis clientes me dejaron en depósito su copia del documento privado, y quedaron a la espera de que ella les notificara la fecha y notario para la firma de las escrituras. Por otro lado, el asunto particular que ella tenía que solucionar la obligaba a desplazarse con urgencia esa misma noche tras la firma, a Rincón de la Victoria. Así que ella, haciendo una excesiva demostración de confianza o de necesidad, porque a mi me había conocido ese mismo día, decidió y así me lo pidió, dejar todos los documentos incluida su copia del contrato, y las llaves de la vivienda, en mi despacho a la espera de volver por ellas para la firma de las escrituras en las dos semanas previstas. Documentos de ambas partes y llaves se guardaron en una caja de mi archivo, a la espera de su comunicación en el plazo pactado.

Transcurrieron las dos semanas, y no tuvimos noticias de Victoria, el plazo pactado finalizó, por la vivienda no había pasado nadie, porque las llaves estaban en mi despacho, mis clientes, que habían recibido la totalidad del precio de la vivienda, se extrañaron al principio de la falta de noticias de Victoria, pero poco a poco se fueron desentendiendo, porque entendieron que ya no eran los propietarios, que a quién debía interesarle era a ella. El domicilio de referencia que figuraba en el contrato firmado, comprobamos que era el del piso en alquiler que ella dejaba justo cuando compró la vivienda, y el teléfono que había dado, que era fijo, - los móviles no estaban extendidos entonces -, ya no estaba operativo, y según recordábamos haberla oído, aunque era española no había nacido en España. El tiempo siguió pasando, sin noticias de Victoria, la caja con documentos y llaves pasó a nuestro archivo histórico, pasaron las semanas, los meses, los años...

Pero a veces el destino manda.

Había pasado mucho tiempo, pero una mañana de martes, dieciocho años después de lo relatado, se presentó en mi despacho una señora, todavía joven, con cierto despiste y timidez, a la que atendió mi secretaria, la visitante le preguntó si mi despacho llevaba mucho tiempo en ese mismo lugar, y si éramos las mismas personas las que llevábamos este, porque ella creía recordar que unos cuantos años atrás, había firmado la compra de una vivienda en una oficina por esta zona y no recordaba si era en esta. Y para mayor confusión, no recordaba el nombre de los vendedores, y ni siquiera recordaba donde estaba exactamente la vivienda que compró, en la que solo había estado una vez, aunque si recordaba que era en Ciudad Jardín.

Mi secretaria que no tenía conciencia de nada en ese sentido, entró a mi despacho, y me preguntó si lo que contaba esa señora que ella me resumió, me sonaba de algo, así que con cierta curiosidad la hice pasar, y le pedí que se sentara y que me relatará lo que recordaba, eso hizo, y conforme me lo contaba, en mi mente se iba formando la idea de que esta señora que se llamaba Victoria, aunque yo físicamente no la reconocía, - habían pasado muchos años -, podía ser la misma de mi historia que yo aun recordaba vagamente. Le dije que esperara allí mismo, fui al local inmediato donde mantengo el archivo histórico, busqué y después de un rato, encontré la caja guardada, un archivador AZ con polvo y algo de humedad, la limpié un poco para ponerla mas presentable, y volviendo con ella a mi despacho, le pedí a ella que me mostrara su documentación, y al poder comparar sus datos con los de los documentos de la caja, pude comprobar que si, que ella era la misma Victoria de mi recuerdo.

Entregándole la caja, le dije que ahí tenía tanto los documentos, como las llaves de su casa, y que podía ponerla en contacto con los vendedores, que por suerte aún vivían, para poder formalizar las escrituras. Ella no pudo evitar las lágrimas, y rompió a llorar emocionada, me dijo que antes de llegar a mi oficina había hecho durante unos días una búsqueda sin éxito por la barriada donde recordaba que debía estar la casa que compró, que como último recurso había intentado también encontrar el lugar donde había firmado la compra, por eso estaba aquí, aunque prácticamente ya había dado por perdida la vivienda.

Así que a la vista del resultado, lo que le suponía el favor que según ella yo le había hecho, me dijo que no sabía como agradecerme. Me lo puso fácil, porque siempre había querido contestar a esa pregunta y esta era la ocasión, con una respuesta que tenía anclada en mi cabeza, una frase, que aunque la había leído de niño en un tebeo de Hazañas Bélicas, había hecho mía, y me había hecho siempre sentirme orgulloso de ser español, así que le dije “no me lo tiene que agradecer, soy de un país donde no se cobran los favores”.

Le pregunté después, si podía decirme cual había sido el motivo para que hubiese pasado un plazo tan largo sin noticias, accedió, y su relato, que debo resumir, fue mas interesante que el mío.

Me contó que la noche que salió de mi despacho tras la firma, fue como nos había dicho, a Rincón de la Victoria, a casa de sus tíos que vivían allí, citada por ellos, estos le informaron que su madre, que era viuda, y que entonces vivía sola en Bélgica, estaba muy mal de salud, que habían querido decírselo en persona, sin saber, como acababan de conocer por teléfono, a través de un vecino de aquella, que el proceso se había agravado, y que seguramente a su madre le gustaría que estuviese con ella en esos momentos. Las dos no se habían llevado muy bien en los últimos tiempos, - errores de juventud - por eso ella estaba en Málaga.

Victoria me contó, que sin pensarlo, dejando todo atrás, cogió sus cosas, y como pudo se subió esa misma noche a un autocar, viajando toda la noche hasta Madrid, después un día mas en tren hasta París, y de ahí a la casa de su madre en Bruselas. Y allí, junto a su madre, esperando lo peor, permaneció unos meses, hasta que contra todo pronóstico, esta superó la crisis, y lentamente se fue

recuperando, aunque no del todo, por lo que Victoria decidió seguir allí con ella, cuidándola, hasta su mejoría fuese completa.

Sus padres habían emigrado a Bélgica tiempo atrás y tras la muerte de su padre hacía unos años, su madre, los últimos años hasta su enfermedad, había trabajado de montadora en una gran empresa belga de bobinados eléctricos. Durante el periodo en que Victoria cuidaba a su madre que seguía de baja, su contacto con esa empresa fue por ello habitual, tanto, que al cabo de un periodo, le facilitaron también a ella un puesto de trabajo. Trabajó en esa empresa desde entonces, y allí seguía todavía. Su madre ya totalmente recuperada, ya mayor, volvió a casarse, con un antiguo compañero de trabajo, Victoria también conoció allí a alguien, formó una familia, tenía un hijo, y una vida estable.

Finalmente, fue consciente de que aunque había pasado mucho tiempo y no tenía ni datos ni papeles, a veces el destino no es tan negativo, y que cabía la posibilidad de recuperar lo que habían sido los ahorros de su primer trabajo y su parte de la herencia de su padre, que fue lo que invirtió en la compra de la vivienda de nuestro relato. Al menos haría un intento. Por eso decidió venir de nuevo a Málaga. Me dijo, que al llegar después de tantos años, miró al cielo tan azul y se dijo que aunque fuera difícil, con esa luz, las cosas podían salir bien.

Han pasado otros diez años, ella vive en Bélgica, y seguimos en contacto.